

Orión: La Leyenda.

Cruz Blanco

Image not found.

Capítulo 1

Capítulo I

El desafío de un Dios.

En la antigua Grecia habían hombres que se consideraban bendecidos por los Dioses, hombres cuya fuerza, habilidad, inteligencia y coraje, se creía habían sido dados por un Dios. Hirieo, un anciano que habitaba en Teumessus, una montaña que a su pie tenía a la ciudad de Tebas, era el padre de Orión, un joven pero excelente cazador que no creía en la existencia de los Dioses, su padre siempre le decía que debía tener respeto y que debía creer en ellos –Creo en Cisseta y Lampuris, en mi arco y mi flecha, pues a ellos si los puedo ver y me acompañan a donde quiera que voy– decía Orión cuando su padre hablaba de los Dioses, al crecer, Orión se había vuelto el más fuerte y experimentado cazador de toda Grecia, su nombre llegó incluso a Roma, en donde le temían por ser tan fiero y fuerte, los griegos lo llegaron a considerar un héroe, era alabado como a un Dios, era en aquel entonces el más fuerte, ágil, habilidoso y también el más hermoso de toda Grecia, los rumores de su valía llegaron a Atenas, donde varios cazadores lo pusieron a prueba, y una tras otra fue demostrando su reputación

– Heme aquí, el rey de los cazadores, no hay en toda Grecia alguien que pueda compararse a mi –dijo Orión señalando su pecho con el pulgar

– Si tan fuerte eres ¿por qué no enfrentas al toro de Creta? –dijo un hombre oculto bajo una capa negra– dicen las leyendas que solo Hércules ha podido hacerle frente a esa bestia; y cuando se lo llevó a la Diosa Hera esta se asustó tanto por la ferocidad de la bestia que lo dejó en libertad. Dudo mucho que si un Dios le tuvo tanto miedo a esa criatura, un simple cazador como tú pueda hacerle algo –el hombre que le dijo estas palabras a Orión tenía una imagen sospechosa pensó él.

– Yo soy Orión hijo de Hirieo de Teumessus, rey de los cazadores. Si un Dios le tuvo tanto miedo a ese animal entonces no cabe duda de que es un Dios patético –las personas que se encontraban en la taberna se enmudecieron al instante, Orión, el cazador había insultado a Hera la Diosa del matrimonio y esposa legítima de Zeus, Dios de Dioses quien reina el Olimpo, nadie lo podía creer. Fue allí cuando ese hombre se levantó de donde estaba y le dijo con un tono desafiante

– ¡Pues ve cazador, ve y consigue salir victorioso ante esa bestia –Orión se irguió, tomó sus cosas y se dispuso a encontrar a la bestia con

una expresión de desconfianza con respecto de aquél hombre.

– iré a buscar a la bestia y te la traeré viva y coleando para ver si tu temple tiene tanta firmeza como tus palabras –le comentó mientras lo miraba por encima del hombro

– Loco estás si de verdad piensas traer a esa bestia a la ciudad estando viva –

– ¿Entonces que prueba quieres de que pude cazarlo? –le preguntó Orión dándose la vuelta para quedar frente aquél individuo

– La bestia custodia un objeto tan imponente como ella misma. Es una maza de bronce que el mismo Poseidón ordenó a Hefesto forjar con el más fino metal del Olimpo, uñas del Griffon y plumas de las Arpías. Es el arma más letal que un humano podría empuñar, tráelo y sabré que vales tanto como cuentan las historias sobre ti–

– Espera aquí entonces hasta mi regreso, ateniense –le dijo al hombre, lo que no sabía Orión es que solo alguien con la fuerza de Poseidón podría tomar el arma.

Así fue como emprendió la búsqueda con sus perros de caza y les pidió que le señalaran el camino, ellos le indicaron el sendero y comenzó su viaje hacia la llanura de Maratón. Tres Días tardó en encontrar a la bestia, difícil era su rastreo porque una tormenta de arena había caído en la llanura. Al encontrarlo miró como esta bestia le doblaba el tamaño, de su hocico salía fuego y sus cuernos eran igual de afilados que una espada. Detrás de ella había un cofre en el que debía estar el arma, así que Orión se fue hacia la bestia y esta lo embistió. Orión se levantó y volvió a ir por ella, la bestia dio pelea lastimándolo varias veces, en un último ataque la bestia volvió a derribarlo, pero él se levantó; y esta vez Cisseta se lanzó a la derecha del toro, mordiéndole una oreja, Lampuris lo desorientó al morderle una pata trasera; y en ese momento Orión saltó; y con un audaz e imponente ataque de fuerza golpeó al toro en el lomo, un golpe que resonó en los valles de Atenas. Con ese golpe la bestia perdió el conocimiento; Orión, quedó impresionado con la fuerza del animal, estuvo a punto de matarlo, pero otro joven lo detuvo al gritarle

– ¡Alto! –

– ¿Quién eres? – Volteó rápidamente y le preguntó consternado mientras lo miraba

- Mi nombre es Teseo, legítimo sucesor al trono de Atenas; y a esta bestia deberé matarla yo -

- En tus palabras siento un tono bastante conocido -él sentía en la voz de Teseo una energía que le inquietaba, era como si entre ellos hubiera una especie de conexión- pero como sea, esta bestia ya no es rival para ti, ha perdido el conocimiento -le señaló

-es por ello que esperaré aquí hasta que recobre el sentido... He escuchado de ti, hijo de Hirieo, rey de los cazadores. Por lo que veo nada de lo que he escuchado era falso, ¿qué buscabas con la bestia? -Orión se fue acercando hasta el cofre acompañado de Teseo y lo abrió

- Esto -le dijo mientras veía el contenido del cofre, en el que estaba la maza de Poseidón

- Solo con esto podré probarle a un arrogante mi valía como cazador -Teseo contempló asombrado el contenido e inmediatamente le dijo

- No podrás levantarla, solo alguien cuya fuerza sea equiparable a la de un Dios puede hacerlo. Esa es la maza del emperador de los mares

- Un dios le tuvo miedo a esta bestia -replicó- así que si levanto esta maza demostraré que soy más fuerte que un Dios. Una razón más para hacerlo -tomó entonces Orión la maza y la alzó, reclamándola como suya. Teseo aumentó su asombro pues no podía creer que un hombre como ese pudiera levantar la maza de Poseidón, un arma que solo alguien con su fuerza podría levantar. Miró entonces Teseo a Orión y le dijo:

- En ti reside una fuerza descomunal, si pudiste alzar la maza podrás caminar sobre el agua. Aunque reniegues a los Dioses ellos no renegarán de ti -Orión lo vio fijamente y le volvió a preguntar su nombre- Dime de nuevo tu nombre amigo mío

- Teseo, heredero legítimo al trono de Atenas; hijo del Señor de los mares, Poseidón -Orión no encontró mentira alguna en sus palabras y terminó más asombrado que el propio Teseo

- Entonces me despido de usted, mi Rey. Pondré rumbo nuevamente a su ciudad, contaré como venció a esta bestia y su nombre será recordado incluso más que el mío- le dijo

- ¿Cómo sabes que la bestia morirá a manos mías y no al revés?

- Si tus palabras son ciertas, al ser hijo de un Dios eres más fuerte que él. Así que este animal no representa amenaza alguna para ti, te tomará menos matarlo de lo que me tomó a mi noquearlo. Además... La bestia no tiene manos -Orión sonrió y se echó a andar por la llanura de

maratón de vuelta a Atenas.

– Adiós Orión... Adiós... Un misterio te rodea amigo mío; y estoy seguro que lo descubrirás cuando llegue tu hora –Dijo Teseo al ver partir a Orión.

Al llegar a la ciudad entró en la taberna y buscó a aquel hombre de capa negra, cuando lo vio se fue hasta su mesa y de un golpe colocó la maza sobre ésta abriendo una grieta notable en ella –imposible– dijo aquel misterioso sujeto

– La conseguiste, ¿tú?... Tú has... ¿Has matado a la bestia?
–preguntó aquél hombre asombrado

– No –le contestó– Cuando la iba a matar llegó un muchacho, se hacía llamar Teseo, heredero legítimo del trono de la ciudad de Atenas. Era su trabajo matar a la bestia así que por respeto decidí no acabar con su vida, yo solo la noqueé, él esperó hasta que la bestia se recuperara para poder matarla como es debido; y estoy seguro de que ya está por regresar con la bestia muerta en sus hombros –las personas en la taberna estaban abismadas con la presencia del Rey de los cazadores y su historia, quien había llegado con apenas unos rasguños de su pelea con la bestia.

– Que te quede claro ateniense –dijo señalando al hombre– yo, Orión el Tebano, soy el más fuerte de todos los cazadores; y quien lo dude que me ponga a prueba. No importa quien quiera comprobarlo, lo que quiera que yo cace lo cazaré y lo traeré, lo juro por mi vida –lo que no sabía Orión es que aquel hombre no era alguien común, el hombre bajo la capa era Apolo, Dios del Día, hermano gemelo de Artemisa, la Diosa de los bosques y la caza, un Dios tan malvado como poderoso

– No puedo creer que este simple mortal haya diezmado las fuerzas de tan poderosa bestia; y encima pudo levantar la maza de Poseidón, solo alguien bendecido por él podría hacerlo, debo hablar con Hera, este hombre no quedará sin castigo –se dispuso a ir al Olimpo con una expresión de ira en su rostro cuando caminando escuchó una voz

– ¿A dónde crees que vas hermano mío?, es la primera vez que te veo tan desconcertado. Siendo yo al que le gusta la destrucción y la sangre, en este momento parezco un manso corderito a tu lado –

– Ares –dijo con desprecio– ¿qué haces tú aquí?, sabes muy bien que no debes bajar a la tierra, pues allá a dónde vas solo dejas destrucción –le dijo Apolo con un tono severo dejando en evidencia su

molestia

– Tranquilo hermano, solo estaba observando a ese hombre. Se ve que es un buen combatiente, seguro sería de utilidad en las filas de mi ejército –

– No pretenderás reclutarlo para tus fines oscuros, ¿verdad Ares?

– Por supuesto que no hermano, sería incapaz. Además, se nota que este hombre no guarda respeto por nosotros los Dioses.

– ¿Entonces que deseas de él?

– Hay algo en ese mortal que me inquieta, si pudo levantar la maza del querido Poseidón; y éste no le ha enviado a ningún cíclope debe ser por algo, recuerda que el viejo señor de los mares tiene entre sus atributos ser muy vengativo cuando le arrebatan algo que es suyo.

– ¿Qué es lo que estas insinuando Ares? –

– Aún nada, por eso te pido que me des tiempo de observar un poco más a este sujeto, creo que hay algo en él que merece la pena saberse.

Capítulo 2

Capítulo II

La bestia de Asia menor.

Pasaron los días y Orión se volvía más fuerte, ahora con un arma más potente que cualquier otra, su confianza había aumentado. En su afán de ver que tan poderoso se había vuelto Orión, Ares, Dios de la guerra, se le presentó disfrazado de vagabundo y le contó sobre una bestia que él no sería capaz de derrotar. Así fue como el Rey de los cazadores conoció la existencia de la quimera.

– Mis respetos señor, se ve que usted es verdaderamente fuerte – escuchó y volteó para mirar a quien lo estaba adulando

– ¿Quién eres? – le preguntó sutilmente Orión a un anciano

– Soy un vagabundo que deambula por estos prados mi señor, vengo de Asia menor en busca de tranquilidad.

– ¿Es que acaso no tenías tranquilidad en tu tierra anciano?

– Desde que esa bestia llegó no hemos tenido paz, así que no nos queda más remedio que emigrar a otros lugares.

– ¿Qué bestia? – preguntó Orión intrigado; Ares sonrió pues había captado la atención del Rey de los cazadores

– La quimera mi señor, un animal diabólico y maldito con cuerpo y cabeza de León, cuernos de carnero y una serpiente en vez de cola. Escupe fuego por la boca y con sus garras es capaz de arrancar de un tajo el torso de un ser humano, mientras ese animal viva no podremos estar en nuestro país.

– ¿Tienes algo con su olor para que pueda rastrearlo?

– Se le cayó esta escama hace mucho mientras atacaba mi aldea, aquí la tienes mi señor, pero no creo que puedas acabar con su vida – dijo Ares para tentarlo aún más.

– Pues déjame eso a mí, haré lo que pueda por acabar con esa bestia.

- Adelante mi señor, pongo toda mi fe en usted -dijo Ares- pongo toda mi fe en usted -repitió con un tono más siniestro mientras Orión se alejaba.

Ciseta y Lampuris comenzaron a seguir el rastro de la quimera, Tuvieron que atravesar el mar Egeo para llegar hasta allá. En el camino, la barca de Orión se encontró con un naufrago y él lo rescató. El hombre en agradecimiento le dio una punta de lanza hecha de plomo.

- No es mucho buen señor, pero es lo que le puedo ofrecer, es la mejor punta de lanza que he podido fabricar, mi embarcación fue hundida por el kraken, mi capitán había hecho un pacto con Poseidón y no quería cumplir con su parte, así que el Dios de los océanos envió a la bestia a cobrarse su alma, solo yo quedé vivo, al parecer los Dioses no querían que yo desapareciera aún.

- No fue un Dios lo que te salvó amigo, fue un hombre... Y me llamo Orión, hijo de Hirio de Teumessus, ellos son Ciseta y Lampuris, mis fieles perros cazadores...

- Ya sé quién eres -interrumpió el hombre- tú eres el Rey de los cazadores, es un honor conocerle mi señor.

- El honor es todo mío. ¿Cómo debo llamarte?

-Nautilus mi señor, Nautilus de Creta, soy navegante y no existe rincón en el océano que yo no conozca, ¿a dónde se dirige?- le preguntó el hombre

- voy rumbo a Asia menor, iré a matar a la bestia que asecha a las personas de allí-

- usted quiere a la quimera entonces... No será una tarea fácil, pero tratándose de usted seguro lo conseguirá-

- gracias por tus palabras Nautilus, te aseguro que no fallaré -

Llegaron a las costas de Asia menor y le dijo Orión a Nautilus que no se preocupara, que permaneciera oculto, el plan de Orión era acabar con la quimera con un ataque sorpresa por detrás, arrancarle la cabeza y arrojar el cuerpo al mar, pero decirlo era más fácil que hacerlo, Ciseta y Lampuris condujeron con éxito al cazador hasta su presa, la bestia yacía dormida sobre una roca, Orión les ordenó que se mantuvieran alejados y que se acercaran solo cuando él los llamase.

Se fue acercando despacio por detrás de la bestia, un paso a la vez y estaba más cerca del lomo, cuando estuvo lo suficientemente cerca Orión levantó su maza y cuando iba a propinar el primer golpe a la bestia,

la cola de ésta se alzó, Orión miró espantado lo que frente a él se había presentado, una cobra era la cola de la bestia, enseguida Orión comprendió el terrible error que había cometido, la cola despertó al resto del cuerpo, un animal imponente al ojo humano, con un suspiro breve lanzó una llamarada ardiente que por poco alcanza a Orión, con esa premisa comenzó la batalla, la bestia le escupió una flama que solo alcanzó la maza que sostenía, ésta se calentó tanto que tuvo que soltarla porque le quemó la mano, la bestia continuaba atacándolo y Orión solo la esquivaba, tras un tiempo en el combate Orión halló una oportunidad para atacarla, así que rodó por la tierra, recuperó la maza y se abalanzó sobre la quimera para acertarle un golpe en la cabeza, sin embargo, la bestia pudo reaccionar al momento y bloqueó el ataque al tiempo que hirió con sus garras el brazo derecho del cazador, la bestia se paró en dos patas y justo cuando iba a acabar con él, un caballo alado apareció y logró desconcertar a la quimera, Orión no perdió tiempo y reaccionó arrollando con su cuerpo a la criatura propinándole golpes en su pecho, pero rápidamente fue levantado y colocado también sobre el Pegaso que le salvó la vida

– ¿Estás loco, cómo te enfrentas a una bestia como esa sin tener un arma en tus manos? –le dijo el jinete de Pegaso

– La tenía, pero esa maldita criatura me lastimó el brazo y por eso se me cayó mi arma

– Pues debiste ser más precavido compañero, esa bestia es la criatura más peligrosa que hayamos visto en nuestra vida –Orión sintió nuevamente una energía familiar en la voz del jinete, una energía que había sentido antes cuando conoció a Teseo– ¿y tu quién eres? –le preguntó

– Me llamo Belerofonte, hijo de Poseidón Dios de los mares y Eurínome princesa de Megara. Me intriga mucho también tu historia, pero por ahora solo quiero saber tu nombre, compañero.

– Orión, me llamo Orión el cazador

– Un placer conocerte cazador, pero prepárate, porque aún no hemos acabado, te llevaré hasta la costa y luego vendré a terminar con la bestia.

– Si me alejas de este lugar, no será la bestia la que acabe con tu vida –le dijo Orión desafiante

– Admiro tu coraje, pues bien. Ve y toma tu arma, el combate comienza ahora, pero seré yo quien acabe con la quimera

- Te lo concedo, yo solo quiero volarle una pata

Orión saltó de Pegaso y buscó su arma. Con un silbido aparecieron Cisseta y Lampuris preparados para el ataque. Belerofonte se fue en picada con Pegaso y preparó su lanza. Atacada por 4 flancos la bestia lanzó su garra contra Orión, quien ordenó a sus canes atacar a la bestia, Lampuris saltó y le mordió la garganta a la quimera, seguido de Cisseta quien se encargó de controlar la cola de la bestia, justo en ese momento Orión le lanzó un golpe con la maza y le arrancó de inmediato una pata delantera. Era la oportunidad de Belerofonte, pero la bestia se sacudió librándose de sus adversarios para luego escupir fuego nuevamente lastimando a los canes y a Orión. Con una cornada lastimó a Pegaso y Belerofonte quedó indefenso sin su lanza, la bestia estaba a punto de acabar con su vida

- ¿qué hago, qué hago?, piensa Orión, piensa -dijo desesperado. En ese momento recordó el regalo de Nautilus, lo tomó y miró la lanza de Belerofonte, corrió hacia ella y unió la punta de lanza hecha con plomo que Nautilus le obsequió a la lanza de Belerofonte y se la arrojó.

- ¡Atrápala! -gritó fuertemente

Al atajarla éste se percató del material de la punta y esperó a que la bestia escupiera de nuevo su flama mortal. Al hacerlo, Belerofonte arriesgando su vida saltó, se sujeto de uno de los cuernos de la quimera y le clavó la lanza por la boca atravesando así la garganta de ésta, el plomo de la punta se fundió y se diseminó por el interior de la bestia, esparciéndose por sus órganos vitales y causándole así la muerte. Una victoria impresionante, pero lograrla tuvo un costo muy alto. Cisseta resultó herido gravemente y yacía en el suelo acompañado de Lampuris, Orión al percatarse de esto dejó todo atrás y fue a ver la herida de su fiel compañero, al mirarlo sus lágrimas brotaron y no hallaba la forma de ayudar a su amigo

- Lamento lo que ha pasado Orión -le dijo Belerofonte- si yo pudiera hacer algo, lo haría sin dudarlo

- No puedes hacer nada, hijo de Poseidón -dijo mientras lloraba por lo sucedido- es curioso, pero he conocido a dos hijos del emperador de los mares, yo, que no creo en los Dioses. Durante años he pensado que los Dioses no existen, solo creía en mi habilidad, mis armas y en Cisseta y Lampuris, porque ellos siempre me acompañaban a donde yo iba, pero parece que el destino me está dando un mensaje. Creo en tus palabras, pues no siento mentira en ellas, pero me niego a rendirle pleitesía a algo que jamás he visto- fueron las amargas palabras de Orión, que sin

consuelo temía la pérdida de su fiel compañero

– Éste hombre reniega de los Dioses, pero aún así pudo levantar la maza de mi padre, no me cabe duda de que es verdaderamente poderoso –pensó Belerofonte al escuchar sus palabras– Ahora quiero oír quién eres en realidad. Por favor amigo mío, dime. ¿Quién eres?

– Mi nombre, sin más, de ahora en adelante volverá a ser el mismo que mi padre me dio, Soy Orión, hijo de Hirieo, un simple aldeano de Tebas que reside en la montaña de Teumessus

– ¿Eres el rey de los cazadores? –preguntó asombrado

– Ya no más

– Tu fuerza es única Orión –dijo una mujer que se acercaba montando a Pegaso– al igual que tus leales canes, tú debes seguir tu camino

– ¿Con qué fuerza? Si no pude proteger a los únicos que han estado conmigo en todas mis batallas, míralo, yace en el suelo sin poder respirar –con los ojos cerrados e inundados en lágrimas señaló el lugar donde estaba su fiel compañero de caza

– Pues deberías mirar de nuevo a Cisseta, porque no parece estar muerto

Cuando Orión miró a su amigo se percató de que las heridas habían desaparecido, no solo en Cisseta sino también en Lampuris. Él contempló asombrado a sus leales canes y no entendía lo que estaba pasando– ¿qué clase de magia es ésta? –preguntó Orión, ya no sabía que decir, sus lágrimas de tristeza se volvieron de felicidad y abrazó a sus compañeros, se levantó y le preguntó a la mujer quién era

– Mi nombre es Atenea, Diosa de la guerra sobre la tierra. Yo protejo la paz del mundo, sé que no crees en los Dioses, por ello será mejor que hables con tu padre, él tiene algo que decirte, pero debes hacerlo pronto, porque ya no le queda mucho tiempo

– ¿Qué quieres decir con eso?

– Orión, será mejor que te pongas en marcha ahora. Te espera un largo camino para volver a Grecia, pediré a mi padre por ti y porque tu viaje sea rápido –le dijo Belerofonte mientras colocaba su mano en el hombro de Orión.

– Gracias, amigo Belerofonte –estrechó su mano como señal de respeto entre guerreros y se dispuso a tomar su camino de vuelta a la

costa para irse junto con Nautilus a Grecia

- Él es un verdadero guerrero. Su espíritu es noble y fuerte, no me cabe duda alguna sobre su procedencia, mi querida Atenea -le comentó Belerofonte a la Diosa mientras miraba pensativo a Orión, marchándose.

- Así es Belerofonte, su padre logró hacer de él algo tan fuerte como nosotros los Dioses. Pudiendo corromperse, su espíritu se mantuvo firme gracias a Hirio -le dijo Atenea mientras acariciaba a Pegaso

- Estoy seguro que nos veremos de nuevo Orión... Hermano.

Orión se despidió de ellos, tomó sus cosas y emprendió su viaje de regreso a Tebas. Al llegar, agradeció a Nautilus por el regalo, quién estrechó su mano y le dijo- Agradecido estoy yo, de que un héroe como usted se detuviese a salvar a un vástago como yo. Muchas gracias mi señor -Orión subió a la montaña para hablar con su padre, sin embargo Hirio no estaba allí, Orión decidió bajar de nuevo a la ciudad para buscarlo pero, mientras Orión buscaba a su padre, en el Olimpo fungía un plan para intentar desafiar la astucia de éste

-

Capítulo 3

Capítulo III

El ciervo blanco.

- ¡Maldito! –Exclamó Apolo– ¡Es un maldito ése Orión! – gritaba más enojado que nunca

- Ese sujeto derribó a la quimera, no lo hizo solo pero, honestamente le arrancó una pata, es impresionante; y al parecer aún no respeta a los Dioses, ese sujeto podría ser una amenaza– dijo Ares pensativo

- Ustedes dos molestan demasiado mientras gritan palabras sin sentido– dijo la voz de una mujer

- Hermana– dijo Apolo sorprendido– te veo algo enojada, ¿por qué lo estás?

- Tú también luces enfadado Apolo y yo no te pregunto la causa, aparte estás hablando con la escoria, eso no da una buena impresión del Dios del sol y la inteligencia–

- ¿Y tú a dónde vas querida hermana?, salir a hurtadillas del Olimpo no te está permitido–comentó Ares con un tono de discordia

- Eso no es tú problema asqueroso demonio del inframundo–le dijo artemisa a Ares con mucho odio

- Cuidado con lo que dices querida Artemisa, no querrás desatar una pequeña guerra ¿verdad?–

- Tú dímelo– lo apuntó con su arco y flecha y por un momento los tres se enmudecieron– aunque supongo que padre les preguntará a dónde fui –suspiró y bajó su arma– hay cazadores matando animales en mi bosque y yo no dejaré que eso pase, voy a eliminarlos por mi cuenta mientras pueda, no dejaré que lastimen a otro animal en mis dominios–

- Adelante entonces hermana, feliz cacería– le dijo Ares mientras ésta se retiraba– Apolo, creo que tengo la solución para nuestros problemas–sonrió diabólicamente

Devuelta en Tebas...

Orión buscó por todas partes pero no encontró a su padre, sin embargo un amigo le aseguró que Hirieo tenía unos días en Atenas y que estaba por regresar, esto tranquilizó a Orión, cuando de repente un hombre con capa negra se le apareció y lo saludó

-Hola rey de los cazadores -le dijo Ares, quien estaba disfrazado- escuché que hay un animal muy especial en el bosque de Tebas y...-

-Ahora no tengo tiempo para estupideces- lo interrumpió, se dio la vuelta y comenzó a caminar

-Óigame caballero, solo quiero...

-Piérdete- le dijo Orión cortante y sin mirarlo

- ¡Mírame pedazo de...! -gritó Ares perdiendo un poco el control pero recuperándolo al instante-Señor, solo quería brindarle una información especial sobre un animal muy raro que le podría interesar

- No creo que haya algo a las afueras de Tebas que pueda ser de mi interés -

- ¿Ni siquiera un ciervo blanco?

A Orión le intrigó mucho que un ciervo como ese estuviera en el bosque de Tebas -dime más- le dijo y Ares comenzó a hablarle del animal

-Es un animal verdaderamente hermoso, puedes encontrarlo cerca del claro del bosque, te aseguro que si eres un verdadero cazador debes tener a ese ciervo en tu colección personal, se dice que posee magia y que su carne puede curar cualquier enfermedad- le dijo Ares para tentarlo a ir

tras el ciervo.

Tentado por Ares, Orión se dispuso ir al bosque para intentar divisar al animal, cuando llegó, sus perros se pusieron en marcha, sin embargo, un ciervo blanco pasó frente a ellos muy rápido, tan rápido que Orión apenas alcanzó a verlo, cuando le ordenó a Cisseta y a Lampuris que lo siguieran, estos no se movieron, era la primera vez que sus leales canes lo desobedecían, inquieto y confundido, decidió ir por sí solo en busca del animal, recorrió todo el lugar, pero no encontró nada, cuando se acercaba al claro del bosque, junto a un riachuelo y bajo un frondoso árbol, reposaba una bella mujer, con un vestido blanco, cabello castaño piel blanca y ojos de un color marrón profundo, fue como si una daga le atravesara el corazón, quedó cautivado con su belleza, él no había visto nunca una mujer tan hermosa como esa

- Disculpe señorita, lamento molestarla -le dijo mientras se acercaba a ella- quería saber si no ha visto un ciervo blanco por aquí

- ¿Por qué lo buscas?- le preguntó la mujer- Orión logró distinguir un arco, un escudo y flechas a su lado

- ¿Son tuyas esas armas?-preguntó intrigado mientras se agachaba ante ella

- Sí, ¿Por qué lo buscas?- reiteró su pregunta; el hecho de que esta mujer tuviera esas armas intrigó mucho a Orión

-Porque soy un cazador y necesito a ese ciervo- en ese momento, con una velocidad impactante la mujer tomó su arco y apuntó a Orión a la cabeza con una flecha de plata, éste no se movió ni un milímetro, miró a la mujer fijamente y le preguntó

- ¿Por qué me apunta con sus armas?, si hice algo para molestarla le ruego me perdone- la mujer se quedó perpleja, pues el hombre que tenía en frente ni siquiera parpadeó cuando ella le apuntó con su arco, era la primera vez que esta mujer se enfrentaba a un hombre de tanta valía

-Aléjate de este bosque cazador...-bajó su arco- Pero antes de irte dime tú nombre-

-Soy Orión, hijo de Hirieo de Teumessus, ¿y por qué debo alejarme

de aquí?—le preguntó a la mujer mientras la miraba fijamente a los ojos

—Porque los animales de éste bosque no toleran ser cazados, éste es su hogar, uno de los pocos donde pueden vivir sin miedo a los cazadores

—Entonces si vuelvo sin mis armas y solo para pasar un día agradable, no habrá problema, ¿no es así?—la mujer volteó su rostro y miró al riachuelo sin responderle a Orión, él se levantó y suspiró— al menos antes de irme, ¿podría decirme su nombre?

—No necesitas saberlo... Si algún día me vuelves a encontrar te lo diré, mientras tanto, vete y no caces aquí.

Orión se alejó del bosque, pero pensando en esa misteriosa mujer que había conocido, el rey de los cazadores había sido herido mortalmente por la flecha de Cupido, cuando volvió a la montaña de Teumessus, su padre ya había regresado y al verlo rebosando de salud Orión no quiso molestarlo con preguntas incómodas, en su lugar lo abrazó y le dio las gracias por haber sido tan buen padre, en los siguientes tres meses Orión dedicó sus fuerzas para encontrar a la mujer del bosque, pasó día y noche buscándola, sin embargo no pudo encontrarla, mientras tanto en el Olimpo, Apolo y Ares se regodeaban porque no habían escuchado de Orión y pensaban que ya había muerto a manos de Artemisa

— Soy brillante, soy verdaderamente brillante. Después de todo si tengo buenos planes, ¿no lo crees Apolo? —le comentó Ares a su hermano mientras tomaba una copa de vino

— Solo espero que ese bastardo no moleste mas— en ese momento Artemisa iba bajando del Olimpo y al verla Apolo no pudo evitar hacerle un comentario

— ¡Hermana! —Le gritó Apolo entusiasmado— ¿Cómo estuvo la caza de la última vez, lograste acabar con los cazadores que hacían desastres en tu bosque?

— Desgraciadamente solo me topé con uno y no pude matarlo.

— ¿Disculpa? —Dijo Ares un poco sorprendido— ¿a qué te refieres con que no pudiste matarlo?

— Pues exactamente a eso, no tengo porqué darte explicaciones a ti Ares, me voy —al marcharse Artemisa, los Dioses del día y de la guerra se

miraron mutuamente y se preocuparon, algo tenían que hacer, pues la amenaza de Orión seguía viva, un hombre que no le teme a los Dioses ni a sus criaturas es verdaderamente peligroso, algo harían los dos y fuera lo que fuera no sería benevolente.

Tras una larga búsqueda por el bosque Orión se acercó al claro donde había encontrado a la mujer aquella vez y vaya sorpresa se llevó al verla nuevamente recostada al pie del mismo árbol, al verla sonrió y se acercó

–Ha sido usted la criatura más difícil de encontrar, incluso para mí, que hago alarde de ser el rey de todos los cazadores– le dijo mientras se acercaba a ella– ¿puedo sentarme junto a usted?– ella extendió su brazo señalando un puesto junto a ella para que él se sentara, ella lo miró con una profunda admiración, pero en su pecho sintió como su corazón se aceleraba, algo que no le había pasado jamás– Aún recuerdo que me había dicho que de volverla a encontrar, me diría su nombre, si no es mucho pedir me gustaría saberlo, pues debo confesar que su belleza y valentía han logrado conquistarme.

– Mi nombre es Artemisa, soy la Diosa de los bosques y la caza, me halagan tus palabras Orión, pero eres un humano y yo una Diosa, no creo que esto pueda ser–le sonrió complaciente

– Parece que el destino quiere que crea en los Dioses y al ser tú una, no me cabe duda de que la divinidad existe, pues tal belleza no puede ser humana, sin embargo mi Diosa, no desistiré tan fácilmente, si pude tomar la maza de Poseidón, me encargaré de tomar también tú corazón, solo de esa forma estaremos en paz, pues tu ya tienes el mío en tus manos–Artemisa lo miró cálidamente y dejó escapar de sus labios una leve sonrisa, Orión, después de hablar un rato, se levantó y se marchó a su hogar.

– Curioso eres hijo de Hirieo, quizás seas más de lo que aparentas.

Capítulo 4

Capítulo IV

Conspiración divina.

Los días fueron pasando y Orión no se dio por vencido, poco a poco fue conquistando a Artemisa, a tal punto se fueron enamorando, así un año completo pasó y Artemisa enamorada quedó del rey de los cazadores, estaban muy felices, todos los días el cazador iba al bosque a ver a su amada para poder pasar un rato en compañía, desafortunadamente la felicidad de ambos no duraría por siempre pues Apolo, Dios del Sol sintió celos de Orión y le pidió consejo al ser mas ruin de todos los Olímpicos, llamó Apolo a su hermano Ares y le preguntó que podían hacer, allí estuvieron de acuerdo en contarle a Hera, la arrogancia y el poco respeto que Orión le tuvo aquél día en la taberna

– ¿Crees que Hera nos escuche? –preguntó Apolo

– Tal vez a mi no, pero a ti sí. Ya he podido constatar por mí mismo cuan fuerte es éste sujeto, pero hay algo en él que aún me perturba. Sin embargo, no creo que descubrirlo sea sensato, es muy peligroso, tenemos que deshacernos de él cuanto antes. Por ello debes hablar con Hera, ella te escuchará hermano.

– Supongo que no hay otra manera, mira que intentar seducir a una Diosa. No hay forma en que él pueda ser perdonado

Ares se despidió de Apolo pues él no era muy bien recibido en el Olimpo, así que dejó que su hermano hablara con la esposa de Zeus, quien al llegar Apolo a su jardín se dirigió a ella con total suavidad y hizo una reverencia en señal de respeto

– ¿Qué te trae ante mí, querido Apolo? –preguntó Hera mientras admiraba las flores del jardín

– Mí querida Diosa, he venido pues un hombre osó insultarla e

irrespetar su divinidad

– ¿Cómo es eso posible? –Hera se dio la vuelta y miró a Apolo–levántate y cuéntame más al respecto

– Un hombre llamado Orión, es un cazador y se le conoce también como rey de los cazadores. Un día tuvo la osadía de llamarla a usted "patética" mi señora, es un hombre que no respeta a los dioses y merece un castigo ejemplar.

Hera, quién es una Diosa muy peligrosa y vengativa, se enfureció –ya pronto veremos que tan buen cazador resulta ser ese maldito mortal–.

El padre de Orión había caído enfermo y estaba muriendo, Hirieo tomó la mano de su hijo, a quien había dedicado su vida entera para que fuera el tan magnífico hombre que ahora era, teniéndolo de frente lo miró y le dijo

–Escúchame hijo, hay algo sobre ti que nunca te he dicho, el día que tú naciste, fue el día más feliz de mi vida. Yo siempre quise tener un hijo, pero mi esposa y yo no podíamos, ella murió hace mucho tiempo, nunca pudimos tener hijos pero, una noche vinieron aquí a la montaña Poseidón, Zeus y Hermes, los Dioses del Mar, el Rayo y el de la Astucia y el Ingenio, tus habilidades se las debes a esas deidades, por eso siempre te pedí que guardaras respeto por ellos. La noche en la que ellos llegaron a la montaña yo les cociné un buey y les di cobijo, estaban cansados por algo, así que los ayudé a recuperarse y en agradecimiento me concedieron un deseo. Les pedí un hijo, entonces ellos tomaron los restos del buey; su pellejo, sus huesos y los enterraron aquí en la montaña, me dijeron que en la décima lunación debía desenterrarlos; y así fue. Cuando desenterré todo, ahí estabas tú, Orión, el nacido de la tierra. Tú también tienes la fuerza de los Dioses hijo y me alegra haberte criado, me siento feliz de morir sabiendo que te hice un hombre de bien y un cazador excepcional, aunque tal vez eso se deba a los Dioses que te crearon.

– Ningún Dios me dio estos talentos padre, fuiste tú y nadie más que tú es responsable del hombre que soy ahora –miró Orión a Hirieo con lágrimas deslizándose por su rostro

– Me alegra que me digas eso –suspiró Hirieo– Orión, hijo de Hirieo, Rey de los cazadores –cerró el hombre sus ojos sin esperar mucho

tiempo– puedo morir feliz sabiendo que fui un padre para ti, se feliz... Hijo mío –poco a poco se fue deteniendo su respiración y al final, la mano de Hirieo que apretaba la de Orión flaqueó y cayó.

Luego de esas palabras, Hirieo murió, Orión lloró la muerte de su padre, preparó todo para despedirse de él, colocó en sus ojos dos monedas de plata para que el barquero transportara su alma y mirando al cielo Orión dijo –hasta luego padre, algún día volveré a verte.

Al cabo de unos días sin saber de su amada y sobrellevando lo sucedido con su padre, Orión tomó la decisión de proponerle matrimonio a la Diosa, al conocer su procedencia ya no tenía duda alguna de que debía estar con ella, cambió sus tesoros de caza por un anillo de oro, escribió una nota que le facilitara explicarle todo a su amada Artemisa y se dirigió al bosque, desarmado junto a sus leales Cisseta y Lampuris, lo que no sabía Orión es que la Diosa Hera lo estaba esperando en él con una trampa mortal, a medida que se iba adentrando en el bosque el cielo se iba tornando de gris, un viento brusco comenzó a estrellarse contra los arbustos y los árboles, de repente una voz se escuchó en el cielo

–Orión– susurró esa voz

– ¿Quién anda ahí? –dijo Orión estando alerta al igual que sus canes

En eso, la silueta de una mujer se fue dibujando entre la neblina repentina del bosque, una mujer alta y hermosa, Orión sabía que no era Artemisa porque Cisseta y Lampuris comenzaron a alterarse

– Saludos rey de los cazadores, lamento molestarte de esta forma, pero tengo curiosidad de confirmar algo

– ¿Y qué será?–preguntó desafiante

– ¿Es cierto que dijiste que yo era una Diosa patética?– Orión no entendía la pregunta y miraba a la mujer extrañado– Contesta cazador, soy yo, la Diosa del matrimonio, Hera, esposa legítima de Zeus el todo poderoso señor del Olimpo. ¿Es verdad que me llamaste patética?– en ese

momento Orión lo recordó todo y le contestó

- Así es Diosa Hera, me pareció patético que teniendo un poder tan inmenso como el suyo le haya tenido miedo a un simple animal como el toro de Creta; y yo, que lo único que tenía era mi fuerza y mis canes, lo terminé enfrentando cara a cara y salí victorioso- fue la respuesta sincera de Orión- sin embargo eso lo dije en aquél momento porque no creía en la existencia de los Dioses, ahora si lo creo y le pido perdón por mi atrevimiento- sin embargo la Diosa del matrimonio no era conocida por su benevolencia, así que arregló un reto con Orión para que estuvieran en paz y él poder ganarse su perdón.

-Escúchame Orión, delante de ti colocaré cien escorpiones, todos venenosos a excepción de uno, ellos no te picarán a menos que los levantes y sostengas en tus manos, como eres un cazador experimentado, si averiguas cual de los cien no tiene veneno y lo sostienes, entonces te perdonaré y podrás marcharte- la Diosa Hera no tenía intenciones de dejar ir a Orión por eso le planteó ese reto, pero el rey de los cazadores puede diferenciar entre un escorpión venenoso y uno que no lo es, así pues Orión comenzó a mirar a su alrededor y a evaluar a los escorpiones, uno tras otro pacientemente fue mirándolos, mientras el evaluaba la situación, en el Olimpo Artemisa estaba angustiada

- ¿Qué es esta sensación?, siento como si algo estuviera a punto de pasar, pero no sé qué -Artemisa vio desde el Olimpo la cantidad de nubes grises sobre su bosque y se angustió mucho más- algo está pasando, debo ir a ver -Artemisa salió corriendo y se tropezó con su hermano Apolo en el camino

- ¿A dónde vas? -preguntó Apolo extrañado por la prisa que tenía Artemisa en salir del Olimpo, ésta simplemente no lo escuchó y montó su carreta con rumbo a la tierra y Apolo se quedó inerte

Tras una exhaustiva evaluación de cada uno de los animales al fin Orión encontró al escorpión sin veneno, se agachó y lo tomó, cuando Hera vio lo hábil que fue Orión al descubrir el escorpión sin veneno, se enfureció, no podía permitir que un humano fuese más inteligente que ella, controlada por la ira le colocó veneno al escorpión en la mano de Orión y cuando éste estuvo a punto de hundir su aguijón en él, Cisseta y Lampuris intervinieron salvando así a su amo, le arrancaron el aguijón al escorpión y Orión expresó su furia contra Hera

- ¡¿Y así te haces llamar Diosa?! ¡Querías matarme! -gritó con furia

–No Orión, ¡aún quiero hacerlo!, ¡únanse mis escorpiones! –Las alimañas de Hera se fueron agrupando hasta formar a una bestia enorme, delante de Orión y sus canes se había creado un escorpión gigantesco cuyo único objetivo era acabar con el cazador, desarmado, Orión no tuvo más remedio que evadir a la criatura

– ¿cómo diablos acabo con semejante bestia sin un arma en mis manos? –Ciseta y Lampuris se colocaron en posición de combate, dándole a entender a Orión que no estaba solo y que podría pelear con ellos de su lado– así es mis amigos, no es la primera vez que esto nos pasa, ¡aún sin mis armas, seguimos siendo un peligro para ti Hera!–gritó y acto seguido ordenó a sus canes que atacaran a la bestia– ¡Ciseta, Lampuris, a la cola, rápido!–ambos animales se abalanzaron contra la cola del escorpión, éste la agitó tratando de deshacerse de ellos pero no tuvo éxito, Orión corrió y saltó sobre el escorpión de Hera para golpearle la cabeza, sin embargo, la bestia usó sus pinzas y atrapó a Orión en el aire, sacudió la criatura su cola tantas veces que expulsó por los aires a los fieles perros cazadores de Orión

– ¿Quién es el patético ahora cazador? –dijo Hera entre risas a Orión– ¡¿Quién?!

–¡Lampuris, ahora!– Lampuris corrió velozmente a la pinza izquierda del escorpión y la mordió, tan fuerte era la mandíbula de Lampuris, que logró rompérsela, con una pinza menos Orión trató de liberarse, el escorpión levantó su aguijón y se preparó para hundirlo en la cabeza del cazador, pero Ciseta en carrera hacia él, dio un salto y mordió el aguijón, con la fuerza de su mandíbula lo destrozó, pero no pudo evitar tragar el veneno del escorpión y cayó muerto en unos minutos –¡Ciseta, no!– Orión, lleno de ira se liberó de la pinza de la criatura y comenzó a darle batalla, rodeó rápidamente al monstruo y le quebró una pata, el escorpión con su cola lo golpeó y lo lanzó lejos, la criatura iba a atravesarlo con su pinza, pero Lampuris lo provocó, luchando contra él, Lampuris no pudo evitar un ataque de la bestia, quien tomó al compañero de Orión y lo partió en dos con su poderosa tenaza, al ver lo que había pasado, Orión lanzó un retumbante grito de dolor –¡Nooooo!– se arrodillo en el suelo esperando que el escorpión llegara hacia él, pero algo dentro de sí estaba aumentando, una fuerza inexplicable comenzó a apoderarse de Orión, de repente, sale corriendo directamente al ataque de la criatura con una velocidad impresionante y con un derechazo potente logra hacerle frente y desviar la pinza, la bestia lo volvió a atacar con la pinza, pero increíblemente Orión la detuvo y se la arrancó, estando la bestia desprotegida y aturdida el cazador salta y golpea a la criatura justo en dónde estaba el corazón de ésta, en la parte posterior de su lomo, rompiendo así esa coraza y alzándose con la victoria ante Hera, Orión

miró a Hera con tanto odio que la Deidad sintió miedo por un momento

– Siempre me pregunté si ustedes los Dioses en verdad son inmortales –le dijo Orión con desprecio a Hera mientras se acercaba a ella lentamente. De su cuerpo se desprendía un aura tan cargada de odio que Artemisa la sintió incluso a millas de distancia del bosque

– ¿A quién pertenece ésta fuerza tan grande? –se preguntó Artemisa, quien aceleró su paso para tratar de llegar lo antes posible al bosque

Hera se mantuvo firme y dejó lucir una pequeña sonrisa en su rostro

– ¿De qué te ríes... Diosa patética? –dijo Orión

– Hasta nunca, rey de los cazadores.

Orión no se había percatado de que un escorpión no se había sumado a los demás y había subido hasta su nuca, para cuando pudo percatarse del hecho ya era demasiado tarde, el escorpión había hundido su aguijón en la nuca del cazador y el veneno comenzó a hacer efecto lentamente en su cuerpo

– ¡Agh! –Se expresó con dolor Orión– ¿cómo es posible?

– Jamás hubieras salido victorioso Orión, tú nunca hubieras podido luchar contra un Dios y ganarle, no eres más que un simple y mundano humano –le dijo con total indiferencia la esposa de Zeus al cazador mientras tomaba al escorpión en su mano

– Maldita... Tú... No eres... ¡Agh! –Orión cayó al suelo bastante débil

– Muere de una vez... ¿Rey de los cazadores?, ¡ja! Rey de los patéticos, eso eres. Hasta nunca –le dijo Hera mientras desaparecía entre las sombras

- Artemisa... -murmuró Orión casi inconsciente

Ya con el trabajo hecho la niebla se disipó, el cielo se volvió a aclarar y Hera desapareció. Artemisa se estaba acercando pero no podía dar crédito a lo que estaba viendo- ¿Pero qué es eso? -La Diosa de la luna y de la caza pudo notar como las nubes grises desaparecían del bosque, en unos minutos llegó y los animales la condujeron al claro, donde yacía Orión agonizante.

Artemisa vio a su amado tumbado en el suelo y corrió en su auxilio. Lo miró pero él ya no tenía fuerzas, con su último aliento extendió su mano hacia ella y le dijo -tú serás mi Diosa por... siempre- sostenía una nota y un anillo, la nota le revelaba a Artemisa el origen de su amado junto con unas breves palabras y un anillo de matrimonio, al ver que la respiración de Orión era débil pero aún se podía sentir, artemisa le imploró a Zeus entre lágrimas y lamentos que elevara a su querido Orión al cielo

- ¡Padre! -Exclamó al cielo llamando a Zeus- ite lo suplico, por favor, sálvale! -lloró la Diosa sosteniendo a su amado Orión en brazos

- Artemisa, hija -susurró Zeus desde el salón de los Dioses

Y así fue, el señor del Olimpo tomó a Orión, a Cisseta y a Lampuris y los colocó en la bóveda celeste en forma de constelación para que vivieran allí eternamente, los cuerpos de los tres se convirtieron en polvo brillante que viajó hasta el cielo y se fue convirtiendo en estrellas, Hera no soportó que Zeus hiciera eso, así que ella elevó a su escorpión cerca de Orión para que terminara de una vez por todas con su vida, pero Zeus, como castigo hacia su esposa, tomó a su escorpión en el cielo y lo llevo hasta el punto opuesto a Orión, de manera que cuando el escorpión emerja en el horizonte oriental en busca del cazador no lo encuentre, ya que Orión estaría ocultándose por el occidente.

"El destino se empeñó en que creyera en los Dioses, a pesar de que me rehusé por mucho tiempo a ello. Sin embargo, como si fuera terquedad del destino, te conocí. Eres lo más hermoso que pude haber tenido frente a mí y ya no hay motivos por los cuales no podamos estar juntos; como no soy bueno hablando, te escribí esta carta para decirte que te amo, que eres la única Diosa ante la que me arrodillaría con gusto y lo haría para hacer la mejor cosa que podría hacer en mi vida, que es decirte lo

siguiente. ¿Serías mi esposa?".

Desde entonces Artemisa pasa sus días mirando al cielo, sentada en el Olimpo, donde espera ansiosamente el día en que pueda besar a su amado Orión y decirle que acepta ser su esposa por siempre.

En honor a
Cruz María García Torrealba
El famoso cuentacuentos
(1904 – 2002).